

ANTONIA GUZMÁN

A TRAVÉS DE LAS
SOMBRA



Nova Casa Editorial

Publicado por:

NovaCasaEditorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2021, **Antonia Guzmán Claro**

© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Irene Gaona

Corrección

Nadín Velázquez

Portada

Vasco Lopes

Portada creada a partir de imagen de

Irina Alexandrovna / Shutterstock

Ilustraciones del humo

Reto Scheiwiller

Primera edición en formato electrónico: Mayo de 2021

ISBN: 978-84-18726-03-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ANTONIA GUZMÁN

A TRAVÉS DE LAS
SOMBRAS



Nova Casa Editorial

EL COMIENZO

PARTE I EL REINO DE LAS SOMBRAS

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

PARTE II LA ALDEA

CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII
CAPÍTULO XXVIII
CAPÍTULO XXIX
CAPÍTULO XXX
CAPÍTULO XXXI
CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV
CAPÍTULO XXXVI
CAPÍTULO XXXVII
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA

*A todas las escritoras que me inspiraron para llegar hasta aquí.
Espero algún día inspirar a otras personas del mismo modo
en que ustedes lo hicieron conmigo.*

*“Por la humanidad dejaré al viento alentar
aquello que nacimos para ser”.*
El cazador, Angélica Hernández

EL COMIENZO

Iba caminando por un bosque. Corriendo, mejor dicho. Corrí lo más rápido que pude, sin mirar atrás. Sin detenerme; sin descansar. Sin siquiera saber a dónde iba. Solo tenía el pensamiento de que, llegara donde llegara, no podría ser peor que el lugar de donde venía.

Por un momento pensé que, tal vez, al quedarme donde estaba, en el lugar de los hechos, encontraría la forma de revertir la tragedia. Pero no, porque así el pasado irremediable que en su momento fue dulce seguiría atormentándome día y noche sin descanso, como un escenario del que ni en mis peores pesadillas podía escapar.

Entonces, cuando el caos aún no se apoderaba de todo, la oscuridad lo hizo.
Entonces vino el caos.

PARTE I

EL REINO DE LAS SOMBRAS

*“¿Y si durmieras?
¿Y si en tu sueño, soñarás?
¿Y si al soñar fueras al cielo y allí
recogieras una extraña y hermosa flor?
¿Y si cuando despertaras
tuvieras la flor en tu mano?
Ah, ¿entonces qué?”*

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

CAPÍTULO I



En el sueño, Aura ya se estaba ahogando. Era el mismo sueño de siempre, y venía repitiéndose desde hacía semanas.

Esa noche apenas cayó dormida la ya familiar sensación de asfixia la asaltó: llegó de golpe, sin que pudiera preverlo a pesar de que no era la primera ocasión en que le ocurría. Fue más fuerte que otras veces: se ahogaba, y odiaba ser consciente de cómo sus pulmones quemaban suplicando por algo que ella no podía darles. Trataba de respirar con desesperación, pero solo conseguía que la mano en su garganta apretase con mayor fuerza.

«Mientras más luches, más rápido te ahogarás», dijo la voz. Parecía no venir de ninguna parte y de todas a la vez: era un murmullo que le susurraba la oscuridad a su alrededor.

Por supuesto, eso Aura ya lo sabía, mas debía aparentar. Poco a poco dejó de luchar y de moverse. Exhaló todo el aire que le quedaba en los pulmones, esperando así que la presión constante que sentía en la tráquea se aflojara. Fingió que se quedaba sin fuerzas y cerró los ojos. Procuró estar lo más quieta posible, con la esperanza de que la creyeran muerta para que así la soltaran.

Desgraciadamente, la oscuridad ya conocía ese truco, e intensificó su agarre. Su visión comenzó a empañarse de puntos negros. ¿Podía pasar eso en un sueño? Sentía que su cuerpo se derretía a causa de la falta de oxígeno. Intentó pelear una vez más contra la sombra sin rostro que la retenía incluso cuando ya no tenía las fuerzas suficientes para oponer la resistencia que necesitaba.

«Eres patética». Percibió el siseo demasiado cerca de su oído, junto con una cálida respiración en su cuello que la hizo estremecer.

Cuando la sombra la soltó, justo antes de ingresar una enorme bocanada de aire a sus pulmones, la chica creyó ver un atisbo de la persona que había intentado (con bastante éxito, por lo demás) ahorcarla, no obstante, la imagen se esfumó de su cabeza en cuanto se dio cuenta de lo que creía haber visto. Sentía como si la conociera, aunque nunca lograba ver nada, salvo sombras.

El ente se retiró y con él, la sensación de frío desapareció; el calor regresó a su cuerpo... Y el oxígeno no llegaba... *¿Por qué no llegaba!?*

La muchacha despertó con una capa de sudor frío cubriéndole la espalda; todo en ella estaba acelerado: su corazón latía desaforado, los pensamientos bullían en su cabeza... En la oscuridad de su habitación Aura rebuscó a tientas en el cajón de la mesita al lado de su cama, procurando mantener la calma hasta que sus dedos se cerraron en torno al pequeño tubo del inhalador. Cuando el medicamento por fin entró a su sistema la chica tosió, sintiendo cómo el aire pasaba por su tráquea con dificultad, dolor y un gran alivio. Le llevó unos minutos normalizar su respiración.

«Eres patética». Las palabras del sueño se repetían en su memoria como una grabadora que no podía detener. Aura desvió la mirada a las luces fluorescentes del reloj al otro lado del escritorio. 6:57.

Se levantó aún intentando controlarse y se dirigió al baño. A oscuras esperó que el agua se calentara, y cuando comenzó a salir vapor, se metió dentro de la ducha. Permaneció durante unos instantes más de lo debido bajo de la regadera, pensando en todo y nada a la vez, congelándose a pesar del agua hirviendo debido a un escalofrío que no podía quitarse. Estaba harta de las pesadillas, de los sueños, del miedo a cerrar los ojos y sentir que moría un poco más cada noche... Del miedo a saber que un día bien podría no despertar. Esa vez por poco no lo hizo, y ese constante temor escarbaba en ella más profundo que cualquier otra cosa.

Al cabo de unos minutos Aura salió de la ducha envolviéndose en una toalla de la cual no supo distinguir bien el color, ya que la oscuridad de la mañana se lo impedía, pero no quiso prender la luz. Se vistió rápidamente con unos jeans, zapatillas y el suéter más grueso que encontró en su armario: ese día tenía un examen importante en la universidad a primera hora, antes del desayuno. Al volver al baño se obligó a encender la luz mientras cepillaba su cabello mojado, oscurecido por el agua que aún goteaba de él. Entrecerró los ojos cuando la luz tocó sus retinas y ahogó un grito al ver su reflejo.

La sensación de asfixia oprimió sus pulmones; esta vez no se debía al asma.

Tocó su cuello descubierto con mucho cuidado, recorriendo con los dedos las marcas violáceas de manos que se cerraban en torno a su garganta.

«Mientras más luches, más rápido te ahogarás», había dicho la voz mientras la ahorcaba en su sueño. Ahí estaba la prueba, rodeándole la tráquea, y eso nunca antes le había pasado. Sin embargo, su sentido del deber prevaleció y se recordó a sí misma, sacudiendo la cabeza, que ese día no podía darse el lujo de llegar tarde. Así que se obligó a no pensar en eso mientras abría de vuelta el armario y sacaba otro suéter de cuello alto. Dejó una nota para su madre sobre la mesa de la entrada y salió de su casa tapando las marcas de su cuello.

En su auto ya la esperaban listas del día anterior su mochila negra y su chaqueta favorita, por lo que partió de inmediato, con el recuerdo del sueño fresco en su memoria.



Las sombras la acompañaron todo el camino hasta la universidad.

La carretera estaba desierta y el sol aún no salía del todo, dejando que en el ambiente todavía reinara la penumbra de la noche, lo que solo facilitaba la aparición de las sombras. Trozos de oscuridad se escurrían a su alrededor, deslizándose sin llegar a tocar a la chica. Un escalofrío la recorría cada vez que ellas llegaban, pero no le daban miedo. Era más bien como... como si las *conociera*.

Aura condujo todo el camino sin más ruido que el de sus pensamientos; no podía dejar de darle vueltas a las extrañas marcas alrededor de su cuello, que

eran un recordatorio de la pesadilla que había tenido esa noche... y el resto de las noches desde hacía poco más de una semana.

Había comenzado despacio, gradualmente. Al principio había sido tan solo una sensación helada que le recorría la columna vertebral cuando la inconsciencia se apoderaba de su cabeza. Luego vinieron el miedo y la oscuridad. Estaba aterrada y no conseguía saber por qué. Siempre se despertaba cubierta en un sudor helado, con frío y un miedo irracional.

La siguiente noche se sumaron al sueño la desesperación y una angustia que oprimía su pecho impidiéndole ingresar a su cuerpo el aire correctamente. Lo peor vino después, cuando las imágenes comenzaron a aparecer en su mente y las sombras tomaban forma corpórea y apretaban su tráquea hasta dejarla sin aire. De alguna u otra forma siempre terminaba de la misma manera. No es que le hiciera especial ilusión, sin embargo, al ser asmática, la asfixia era algo con lo que ya estaba familiarizada; había aprendido a vivir con eso desde que tenía memoria. Estaba acostumbrada, aunque en el sueño... en el sueño era otra cosa; su ahogo no tenía nada que ver con el asma, y eso la aterraba.

Aura se estremeció. No había luz a pesar de que el sol hacía rato había salido. La carretera pasaba, como siempre, por un bosque tan grande, tan alto y tan denso que alcanzaba a tapar los rayos del sol naciente, cubriendo con un aire lúgubre todo lo que lo rodeaba. El término de aquel lugar se escondía a los ojos. Un impulso se apoderaba de ella cada vez que lo veía, potenciado por la curiosidad que le inspiraba lo que se podría ocultar tras los imponentes árboles, pero —ahora se daba cuenta— había algo que le impedía ir a pesar de sus ganas de conocerlo; un presentimiento que no lograba descifrar.

Al salir de la penumbra del bosque el sol por fin le dio a la chica, golpeándola fuertemente con los rayos que se colaban a través de la ventanilla del auto.

Las sombras que rondaban a su alrededor se esfumaron con más rapidez que con la que habían aparecido, mas una permaneció intacta. Se deslizó a través del interior del coche. Era tan densa y oscura que parecía absorber toda la luz y energía que había a su alrededor. Esta se mantuvo quieta un instante y a Aura, quien no quería desviar la vista de la carretera, se le hacía difícil no alternar la mirada entre el camino y la sombra que se hallaba a escasos centímetros de ella.

Cuando la oscuridad volvió a avanzar, Aura oyó el sonido. La sombra, viscosa y negra, se arrastró hasta ella con un siseo parecido al ruido que se hace al

rechinar los dientes, como si quisiera decir algo que hasta ese momento la chica había ignorado.

Apenas la tocó Aura sintió cómo parte de su energía se drenaba de su cuerpo y pasaba a alimentar a la oscuridad. Ahogó un gemido y la sombra pasó a través de ella, disolviéndose en un punto entre su cuerpo y la luz que entraba por la ventana. El siseo pareció escucharse dentro de su cabeza como un suave eco, al principio, que sonaba desde lo más profundo de su cerebro hasta convertirse en un murmullo resonante, claro... y capaz de helarle la sangre hasta la médula:

«Esto no es más que el principio». Y las marcas del sueño comenzaron a arder en su garganta.



Para cuando la chica terminó el examen, las marcas en su cuello habían dejado ya de arder y se sintió libre de dirigirse al comedor a ingerir su tan preciado desayuno.

Aunque a Aura jamás le había dado hambre tan temprano en la mañana, la cafeína seguía siendo vital para ella. El comedor no estaba abarrotado de gente como solía, pero aún era muy temprano y Aura sabía que no eran muchos los estudiantes que tomaban clases a esa hora.

La chica ubicó una mesa vacía al lado de uno de los tantos ventanales que había por todo el comedor y se sentó a beber el café que sostenía en un vaso de cartón.

Unas pocas personas revoloteaban por la cafetería. Notaba tenso el ambiente, sin embargo, la vida seguía su curso: la gente seguía hablando y caminando de un lado a otro por los pasillos de mármol; fuera, el sol se escondía tras las grises nubes que anunciaban una tormenta segura, volviendo la luz de un blanco mortecino en lugar de un cálido amarillo... Todo era normal, como cada día. Entonces, ¿por qué esa vez se sentía tan diferente?

El aire se tornó de un frío que le caló los huesos a pesar de la chaqueta y del café que la muchacha sostenía entre los dedos. De un momento a otro la temperatura bajó varios grados y la sensación de manos cerrándose en su garganta con tanta fuerza le cortó la respiración de golpe.

La chica trató de mantener la calma con bastante éxito, diciéndose a sí misma que no era más que su imaginación... pero su imaginación no solía jugarle tan malas pasadas. No había nadie a su alrededor, Aura lo sabía, sin embargo, eso no le devolvió el aire. Buscó en los bolsillos de la chaqueta el inhalador que siempre cargaba con ella dándose cuenta de que el pequeño tubo de medicamentos del que tanto dependía se había quedado junto con su mochila en el casillero.

—Maldición —masculló.

Se levantó con la cabeza dando vueltas y se dirigió a paso lento a través de los interminables pasillos. Aura quería correr y llegar junto a los casilleros lo antes posible, sabiendo que, si lo hacía, el poco aire que le quedaba ya en los pulmones terminaría por abandonarla, y no podía darse ese lujo.

En lo que parecieron horas la chica logró llegar a su objetivo, esquivando a las multitudes con dificultad e intentando actuar como si nada ocurriera. Con dedos temblorosos ingresó los cuatro dígitos de su clave y la puerta se abrió con un chirrido metálico.

Rebuscó ya desesperada dentro del cubículo notando que las manos apenas le respondían cuando sintió un escalofrío desde su espalda baja hasta alcanzar la parte trasera de su cuello. Notó cómo todo su cuerpo se paralizaba al tiempo que la sombra avanzaba pegada a su piel hasta bajar por sus brazos, enviando ligeros pinchazos dolorosos a través de sus nervios. Apenas se podía mover, pero cuando los puntos negros comenzaron a aparecer nuevamente en su campo de visión fue cuando se dio cuenta de que había dejado de intentar respirar siquiera.

Con la vista nublada y tratando de hacer caso omiso a la sombra logró encontrar el inhalador dentro de su mochila. El alivio la recorrió por un segundo antes de que otra sombra, aún más oscura y fría que la anterior, comenzara a sisear cerca de su oído, poniendo sus nervios a flor de piel. Entonces, cuando la tocó, Aura pegó un salto y el inhalador se le escurrió entre los dedos. El escaso aire que le quedaba en los pulmones terminó por abandonarla y Aura se tambaleó. Se sentía mareada. Intentó calmarse y volver a respirar, ver dónde había caído el inhalador, pero la visión se le hacía tan borrosa que lo único que distinguía aparte de la oscuridad de las sombras que se deslizaban a su alrededor eran los colores borrosos de las cerámicas. Las

piernas no le respondían. Si intentaba agacharse en busca del inhalador... ¿se caería?

Una mano en su hombro la sobresaltó aún más y las sombras se esfumaron de golpe, como si nunca hubiesen aparecido. Y, como si jamás se hubiera ido, el aire regresó a sus pulmones.

Su vista demoró un instante en despejarse.

—¿Estás bien? —preguntó una voz seca tras ella.

Se llevó una mano a la cabeza, sintiendo el latido de su corazón en las sienes, respirando por fin. Lentamente logró darse la vuelta sin tambalearse. Frente a ella se hallaba un chico que nunca antes había visto; estaba segura de ello. Tenía el cabello negro como el carbón. Su piel brillaba de un pálido grisáceo a causa de la luz blanca que iluminaba los pasillos, y la escrutaba con unos ojos de un color intenso y oscuro que, Aura juraría, era morado. Lo veía delante de ella, sin embargo, no sabía cómo era posible que alguien los tuviera de ese color.

Aura asintió con la cabeza, su respiración aún acelerada, ingresando tanto oxígeno a su cuerpo como este se lo permitiese. Ambos se miraron directamente por una eterna fracción de segundo. Los ojos color púrpura del chico la observaban con un brillo particular que ella no supo identificar. Aura no sabía cómo sería su expresión, aunque sentía que la tormenta en sus ojos grises recorría las marcadas facciones del muchacho que tenía delante con curiosidad. Él desvió la vista hacia el suelo, rompiendo el contacto tan repentinamente que Aura parpadeó, siguiendo su mirada hasta el inhalador que se le había caído cuando las sombras llegaron. El chico se agachó con una expresión aún más extraña en el rostro; a Aura le era imposible saber qué pensaba.

—¿Es tuyo? —le preguntó con el mismo tono neutral que había utilizado un momento antes.

Aura lo examinó con la mirada durante unos segundos antes de asentir lentamente con la cabeza. Apenas se atrevía a hablar. No por timidez, sino porque tenía la sensación de que no le saldría bien la voz si lo intentaba. Había algo en él que la hacía desconfiar.

Le devolvió el inhalador y por un momento los dedos de ambos se rozaron, haciendo que un escalofrío recorriera el cuerpo de la chica. Guardó con prisa el

pequeño tubito azul en uno de los bolsillos de su chaqueta oscura y cruzó los brazos delante de su cuerpo sin despegar los ojos del chico y dándose cuenta, extrañada, de que ya no le costaba respirar en lo más mínimo.

—Gracias.

El muchacho asintió frunciendo el ceño, como si lo desconcertara el hecho de escuchar su voz. La miró una vez más con aquella expresión extraña. Parecía que por su cerebro pasaban a la vez todas las preguntas para las que no tenía respuesta y se dio la vuelta despacio, alejándose por los pasillos hasta convertirse en no más que una oscura silueta y desaparecer frente a sus ojos.

Tan pronto como se hubo ido, las sombras regresaron. Aura había visto sombras desde que tenía memoria y nunca la habían asustado; siempre las había sentido como si fueran, de algún modo, parte de ella. Pero esas no, esas sombras eran distintas. No le parecían familiares en absoluto, más bien le resultaban extrañas. Externas, maquiavélicas... *frías*.

Ellas siseaban, y murmurando se deslizaron por el piso blanco, absorbiendo luz y energía del ambiente. Se arrastraron hasta perderse de vista... Una permaneció ahí, quieta, como si quisiera destacar sobre el susurro de las demás:

«Esto no es más que el principio».

CAPÍTULO II



«Es un sueño», se repetía Aura con fervor. La oscuridad se desenvolvía a su alrededor fría y espesa, siseando mientras se arrastraba hasta ella a ras de suelo, casi como agua. A la muchacha le costaba respirar, no por la asfixia. No, esta vez no. Esta vez lo que la ahogaba era su propio miedo, reflejado y aumentado por las sombras que eran como la propia encarnación de este. Se forzó a controlarse, a medir sus movimientos y reacciones; no quería que la oscuridad se percatara del terror que le provocaba. «¿Por qué ahora?», se preguntaba. Si las sombras nunca la habían asustado antes... ¿por qué ahora? ¿Qué había cambiado?

—Es un sueño —murmuró.

«¿Eso crees?». La oleada de sombras se juntó tras la chica y se alzó, tomando una forma corpórea y negra que irradiaba algo más profundo y quizás incluso más aterrador que el miedo: era la esencia de la soledad y el pánico en su perfecta expresión. «¿Eso es lo que te dices a ti misma, Aura?», sisearon las tinieblas, y esa vez algo cambió. Esa voz... Aura había escuchado esa voz antes. No sabía dónde, no sabía cuándo y, sin embargo, estaba tan segura como de pocas cosas lo había estado hasta entonces. «¿Crees que puedes engañarte tan fácil?», volvió a decir la sombra, acechándola.

Aura corrió con toda la rapidez que las piernas le permitieron, pero las sombras parecían saber con exactitud a dónde iba aun cuando ni ella misma lo sabía. ¿Dónde estaba? A su alrededor todo parecían ruinas de lo que alguna vez

pudo haber sido una ciudad o un pueblo. Desolado, destruido... *arrasado*. El paisaje le parecía vagamente familiar a pesar de que estaba convencida de no haberlo visto antes... ¿Verdad?

Lanzó un chillido cuando las sombras se enrollaron alrededor de sus tobillos, haciéndola tropezar. Se dio vuelta y estiró los brazos en acto de reflejo, queriendo empujar a la sombra de un manotazo. De la nada un nuevo conjunto de sombras salió de sus dedos, haciendo que la que la tenía sujeta por el tobillo la soltara y retrocediera como un cachorro asustado.

«Interesante», siseó la oscuridad. Y, aunque Aura no la vio, podría jurar que sonreía.

El espectro continuó avanzando con total lentitud y calma; el tiempo se ralentizó. Aura volvió a correr, sintiendo que sus piernas se volvían cada vez más lentas. Antes de que pudiera darse cuenta, una nueva sombra se interpuso en su camino y la hizo caer. El dolor estalló en su rodilla izquierda y sintió la sangre salir de la herida abierta. Trató de ponerse de pie rápidamente. Grave error.

La vista se le nubló y la cabeza le dio una sacudida.

Una sacudida más y Aura advirtió cómo unos dedos se cerraban con fuerza en torno a su muñeca y tiraban bruscamente de ella hacia arriba. Cuando pudo abrir los ojos de nuevo, se encontró cara a cara con la sombra. Esa era la primera vez que veía con nitidez un rasgo de su atacante, ya que la visión no se le nublaba por la falta de aire y le permitía ver los siniestros ojos del ente, tan oscuros que parecían interminables. Oscuros como el alquitrán puro. La veían con furia y parecían ser capaces de arrancarle el alma del cuerpo si los seguía mirando.

Los párpados de la chica comenzaron a cerrarse de manera involuntaria, como si el peso del mundo cayera de repente sobre sus ojos, y en contra de todos sus principios se encontró pensando en lo fácil que sería todo si tan solo se dejara ir...

«No —dijo una voz dentro de su cabeza—. Tienes que vencerlo, Aura. Abre los ojos».

«No puedo».

«Sí, sí puedes... Despierta», la apremió.

Sintió cómo una oleada de vitalidad le recorría el cuerpo y agudizaba sus

sentidos. La chica abrió los ojos y se enfrentó a la sombra que, después de haberle drenado gran parte de su energía, se veía aún más oscura que antes. Por algún motivo, el miedo pasó a segundo plano, a pesar de que las oleadas de desesperación, angustia y ansiedad seguían emanando del ente, abriéndose paso hacia ella.

Movida por la adrenalina Aura retorció la muñeca, mas la sombra no disminuyó su agarre. Dolía, pero ella no dejó que le afectara. Con un poco más de fuerza logró aferrar lo que parecía ser el brazo de la sombra y dejó que su energía saliera como una nueva oleada de oscuridad, no muy segura de cómo lo hacía.

Un horrible alarido salió de la sombra. Esta comenzó a vibrar bajo los dedos de Aura y ella intensificó su agarre hasta que el ente la soltó, dándose por vencido. Durante un instante lo vio, tan claro como nunca antes: la bruma de oscuridad corpórea que tenía aferrada entre los dedos se disipó lo suficiente como para que Aura viera lo que ocultaba, y durante un momento, antes de que la sombra por fin se alejara... No fue una sombra, sino una mano la que había agarrado entre sus dedos. Una mano *humana*.

Cuando la sombra retrocedió, aún retorciéndose sobre sí misma, su imagen oscilaba entre la oscuridad y una persona de carne y hueso. Luego nuevas sombras provenientes de la original se formaron a su alrededor, y todo se volvió negro. Lo último que vio antes de despertar, fue un peculiar par de ojos color violeta.



La luz se colaba con debilidad a través de los párpados de la chica. Cuando despertó esa mañana, Aura sentía todo el cuerpo como si fuera de plomo. Apenas podía moverse; le faltaban fuerzas. ¿Qué había pasado? Miró con los ojos entrecerrados, casi por instinto, al reloj que había al otro lado del escritorio. 10:55. La chica se sobresaltó. *Clases...* Iba a llegar condenadamente tarde.

Se levantó de un salto y sintió cómo las sábanas se le pegaban a la rodilla. Al mirar vio una marcha de sangre seca que había causado que la tela se adhiriera a la herida y, al despegarla, esta sangró una vez más. Maldijo en voz baja.

Como si lo hubiera invocado, el dolor volvió a estallar. Puso un vendaje improvisado en su rodilla y se apresuró a vestirse; con suerte llegaría a tiempo para la siguiente clase. ¿Por qué su madre no la había despertado al darse cuenta de que llegaba tarde...? Aura negó con la cabeza.

Casi diez minutos después logró ponerse en camino hacia la universidad; al pasar por el extraño bosque que marcaba la mitad del camino el sol ya estaba casi en su punto más alto, lo cual la obligó a conducir más rápido. Esa vez las sombras no se molestaron en aparecer. Cuando llegó por fin a la universidad todos los pasillos estaban desiertos, sus pasos resonaban por todo el recinto. Tocó la puerta del aula de Historia con timidez y abrió despacio. Al entrar todas las miradas se posaron en ella durante un segundo antes de volver a sus apuntes.

—Tarde —espetó el profesor cuando Aura entró en la sala, sin apenas dignarse a dirigirle una mirada a la chica.

Cuando habló, ella se forzó a que su voz sonara pareja y sin titubeos.

—Es la primera vez...

—¿Y se supone que por eso está bien?

—No volverá a pasar. Lo siento.

El hombre le hizo un gesto para que pasara y ella se apresuró a tomar el primer asiento vacío que encontró.

—Pareciera que está de buen humor —susurró una voz a su lado que hizo a la muchacha estremecerse de pies a cabeza. Ella lo miró con incredulidad—. Te dejó entrar, ¿no?

El chico la veía con un brillo peculiar en sus ojos morados, y se había inclinado un poco hacia ella para que nadie los oyera hablar. Su cálido aliento la golpeó en el cuello provocándole escalofríos.

—Sí, eso parece —murmuró con un dejo de ironía.

Era sabido que el profesor de Historia Civil era el más estricto en todo el campus, pero, incluso así, Aura no podía odiarlo, ya que por más estricto y severo que fuera, el hombre que impartía la clase era de los mejores profesores que había. Según ella, claro.

Al mirar los ojos violeta tormentoso del chico los destellos del sueño de la noche anterior le llegaron de golpe. Las sombras, el atisbo de la persona que había tras la oscuridad, la energía que habían desprendido sus dedos y que

había hecho retroceder a la sombra... La voz en su cabeza y los ojos morados transmitiéndole fuerza cuando la oscuridad solo se la quitaba. Sintió que se le iba el aliento de golpe.

—¿Estás bien? —susurró él, inquiriendo con aquellos magnéticos ojos de los que no podía despegar la vista. Asintió despacio sin hablar. Entonces él bajó la cabeza y frunció el ceño. El tono de su voz cambió—. ¿Qué tienes ahí?

—¿Qué? —preguntó a su vez, desconcertada.

Él señaló con un gesto de la cabeza y Aura siguió su mirada. Ahogó un grito mientras los ojos se le abrían como platos por una fracción de segundo: justo a la altura de su muñeca marcas violáceas de dedos se cerraban en torno a donde la sombra la había sujetado. ¿Habían estado allí durante todo el día? Tiró con rapidez de la manga de su chaqueta para cubrir los moretones, sintiendo un dolor punzante al rozarlos.

—No es nada —masculló mirando al frente. Aura creyó que él discutiría, pero no lo hizo. El chico se limitó a observar la parte de su chaqueta que tapaba las marcas.

Una sombra empezó a arrastrarse por el suelo hasta llegar a ellos. No era densa, parecía más bien... translúcida, como si su presencia no pudiera establecerse del todo en aquel lugar, y se deslizaba débilmente, como si no poseyera la energía necesaria para avanzar más rápido. Durante un momento pareció como si los ojos violetas del chico observaran a la sombra y eso la sorprendió, pero cuando Aura dirigió otra vez su vista al suelo, la sombra se alejaba por el pasillo hasta desaparecer.

—Claro que no —murmuró él, más para sí mismo.

Aura, a su vez, se quedó mirando al extraño junto a ella, preguntándose por qué habría aparecido en su sueño y, sobre todo, por qué la sombra parecía huir de él. ¿Qué tan equivocada estaría esa suposición?

Recordó cómo en el sueño la energía había salido de sus dedos en forma de oscuridad pura y había hecho retroceder al que la atacaba. Una idea se instaló en su cabeza. ¿Y si...? Aura se imaginó la energía como si fueran volutas de humo saliendo de sus manos y transformándose en sombras. Después de todo, las marcas en su muñeca y cuello habían salido de lo ocurrido en un sueño. ¿Qué tan ilógico podría ser? Estiró los dedos... pero nada pasó.

«Estúpida», se dijo al sentir la mirada del chico sobre ella. Suspiró.

—Soy Aura —dijo con aspereza, esperando que su gesto pasara inadvertido. Él la escrutó durante una eterna fracción de segundo con desconfianza y... ¿reconocimiento?

—Lucas.

Ambos se miraron durante un momento.

—¿Desde cuándo estudias aquí? —le soltó Aura con más brusquedad de la que pretendía. Se lo había estado preguntando desde el día anterior.

Lucas arqueó una ceja.

—Un par de semanas.

Aura iba a responder cuando un carraspeo la devolvió a la realidad.

—¿Interrumpo su conversación con mi clase, señor Straford, señorita Cromwell?

Aura hizo una mueca cuando la voz del profesor Clayton le llegó a los oídos.

—Para nada —respondió Lucas a su lado. Aura quiso hundirse en su asiento.

—Mhm. —El hombre los miró sin ninguna expresión en el rostro, asintiendo para sí—. Fuera de mi clase, los dos. *Ahora*.

Ambos se quedaron inmóviles durante un momento hasta que Aura, indignada, tomó sus cosas de un tirón y se dirigió a la salida con Lucas pisándole los talones. Discutir no tenía caso.

Antes de llegar a la puerta esta se abrió de golpe y por poco no le dio en la cara. Una sensación de mareo repentino la embargó, parecida a la de cuando se levantaba muy rápido de la cama. Las sombras volvieron y se arremolinaron a su alrededor, absorbiendo energía de todo lo que se moviera delante de ellas, y nadie parecía notarlo. Lucas, que se había adelantado, se detuvo de golpe junto a la puerta. Otro chico entró entonces en el aula: era casi del mismo porte que Lucas, alto y de hombros anchos, y se movía como si sus pies apenas tocaran el suelo. Y sus *ojos*...

Las marcas le ardieron, *quemaron*, como si se las estuviesen grabando a fuego en ese mismo instante. La visión de la chica empezó a nublarse producto de un dolor lacerante en la cabeza, mas se obligó a no tambalear, a hacer como si nada pasara. El muchacho que acababa de entrar la observaba con unos ojos tan negros como el petróleo, y las sombras parecían seguirlo. ¿Qué tan real sería todo aquello? ¿Estaba alucinando ya?

Él avanzó hasta el escritorio del profesor y le entregó un papel amarillo que

traía en la mano. El hombre asintió.

—No se acostumbre a llegar tarde, señor Kennet.

Las sombras siguieron al chico de ojos negros hasta que Aura tuvo que cerrar los suyos a causa del dolor. Toda la escena se registró brumosa en su memoria. Cuando menos se dio cuenta, las líneas de los objetos frente a ella se borrarían.

—Aura —Lucas la llamó en voz baja.

Ella se obligó a avanzar a tientas hasta que sintió la mano de Lucas en la parte baja de su espalda, que la guiaba con disimulo fuera del aula. Pudo distinguir vagamente cómo el profesor volvía a hablar dentro de la sala, mas no logró armar las palabras en su cabeza. Lo último que le pareció notar antes de salir fueron unas extrañas marcas, similares a las suyas, en uno de los brazos del chico de ojos negros, pero la visión fue tan corta que creyó haberlo imaginado. Estaba siendo presa de un delirio febril del que necesitaba salir con urgencia.

Cuando la puerta se cerró despacio tras ellos, el dolor se mitigó lo suficiente como para permitirle abrir los ojos y no chocar con algo.

—¿Estás bien? —preguntó Lucas tras ella.

No pudo decir nada. Una sombra se escurrió desde el aula entre la rendija que separaba la puerta del piso y se deslizó siseando hasta enroscarse en el tobillo de la chica. Lo sintió como un pinchazo de aguja y ahogó un grito.

Como por acto de reflejo, alargó el brazo con las marcas en la muñeca y la energía salió oscura de sus dedos hasta hacer retroceder a la sombra. Lo peor... fue el ruido. La sombra pegó un alarido inhumano que le taladró los tímpanos, y por el gesto que hizo, estaba segura de que Lucas lo había oído también. La cabeza comenzó a dolerle con más intensidad mientras ese ruido martillaba en el ambiente. La sombra se desvaneció no sin llevarse con ella gran parte de las fuerzas de la chica. Aura creyó que se desmayaría en cualquier momento.

Sintió su espalda chocar con la fría pared del pasillo y en un intento de estabilizarse se pegó a ella sin obtener resultado. Sus piernas ya no eran capaces de sostener su cuerpo, y habría caído si Lucas no la hubiese sujetado.

—Aura... —susurró con un atisbo de miedo en su voz—. Vas a estar bien...

«¿A quién tratas de convencer; a mí o a ti?», se sintió tentada de preguntar, pero se contuvo. El pensamiento le arrancó una débil sonrisa.

Una oleada de energía le recorrió el cuerpo, era la misma sensación que Aura

había tenido en el sueño la noche anterior, estaba segura de eso, solo que esta vez parecía no ser suficiente. Consiguió abrir los ojos; ya no estaban en el pasillo fuera del aula de Historia Civil. Eso lo sabía porque las paredes ya no eran blancas, sino de madera al igual que el piso. No había tanta luz, lo cual agradeció.

Lucas estaba a su lado sentado en el piso y ella se apoyaba contra él.

—¿Dónde...? ¿Dónde estamos? —preguntó.

Él exhaló como si hasta ese momento hubiera estado conteniendo la respiración.

—En una de las partes más viejas del campus. Cerca del aula de Ruinas Antiguas.

—Ya ni siquiera dan esa clase...

—Es por eso que nadie viene —concluyó el chico.

—¿Tú me trajiste?

«Obviamente», pensó luego de haber preguntado.

—Estuviste inconsciente durante unos minutos. Supuse que no querías que te lleve a la enfermería.

No, no quería.

—Gracias.

—¿Cómo te sientes?

—Como si alguien hubiera decidido electrocutarme el cerebro —respondió.

—Deberías dormir —dijo él.

—¿Aquí?

—No veo por qué no.

Aura sonrió.

—Nadie viene aquí, créeme —continuó diciendo—. Necesitas... —titubeó — reponer fuerzas.

Un presentimiento la asaltó.

—¿Tu...? —comenzó a preguntar, pero se detuvo. Los ojos violetas del chico lucían más oscuros por la falta de luz, y parecían ya saber lo que planeaba decir —. ¿Viste lo que pasó?

Lucas ladeó la cabeza.

—¿Prefieres que te diga la verdad, o solo lo que quieres oír? —preguntó el chico sin mirarla.

—Creo que esta vez ambas respuestas no son tan diferentes, Lucas —repuso, porque quería dejar de sentir que estaba enloqueciendo.

Él no dijo nada durante un instante y ella tampoco lo hizo.

—Sí —dijo por fin.

No pudo responder.

—No entiendo nada... —murmuró. A pesar de que parte de ella sentía que sí lo hacía.

—Duérmete, Aura. Te prometo que cuando despiertes...

No terminó la frase, pero no habría importado. En ese momento, Aura sintió el cansancio aborrazar su cuerpo una vez más y no tuvo tiempo para cuestionarse si confiaba en él o no. Se dejó ir...

CAPÍTULO III



—¿Lucas? —dijo Aura en un susurro tan bajo que apenas ella logró escuchar. Al abrir los ojos la oscuridad la desconcertó.

Cuando logró adaptarse a la falta de luz, Aura pudo distinguir que ya no seguía en la universidad, donde recordaba haberse dormido. El cuerpo le pesaba y la cabeza aún le dolía, pero al menos ahora era soportable.

Estaba en una habitación desconocida para ella, aunque eso, por algún motivo, no la inquietó.

—¿Lucas?

—Estoy aquí, Aura —habló él a sus espaldas.

La muchacha se volteó incorporándose sobre la cama. Lucas estaba sentado con los codos apoyados sobre el escritorio que había frente a una ventana y la mirada perdida en algún punto tras el cristal. La luna bañaba su perfil de una suave luz plateada.

—¿Dónde...?

—Estamos en mi casa —respondió antes de que ella terminara la pregunta. La chica asintió con extraña calma—. No sabía dónde más traerte. Iban a cerrar la universidad y no podía despertarte. Estuviste inconsciente un buen rato.

—Eso explica por qué no soñé nada... —murmuró más para sí, pero él la

escuchó.

—¿Pesadillas? —inquirió.

—¿Cómo lo...?

—También las tengo —dijo él, apartando por fin la vista del cielo y mirando hacia ella.

Aura no supo qué decir ante eso.

—¿Qué hora es?

—Casi las once...

—¿¡Estuve inconsciente por casi diez horas!?

Lucas asintió.

—Oh, Dios... ¿Y mis cosas?

Lucas señaló con la cabeza a la orilla de la cama, donde descansaba su mochila negra. Aura se apresuró a tomarla y rebuscó en ella hasta encontrar su celular. Más de diez llamadas perdidas. Marcó al número y al primer tono escuchó la voz preocupada de su madre por el auricular.

—¿*Aura?* —preguntó en una voz tan baja que la chica apenas pudo oírla.

—Sí, mamá...

—¿*PARA QUÉ TIENES EL MALDITO TELÉFONO SI NUNCA TE DIGNAS A CONTESTARLO?! ¿TE DAS UNA IDEA DE LO PREOCUPADA QUE ESTABA!?* —gritó tan fuerte que Aura tuvo que alejar el celular de su oído.

Lucas arqueó una ceja en su dirección; él también lo había escuchado.

—Lo siento, mi... mi batería murió y... Se me quedó el móvil en casa cuando salí y... Llegaba tarde, por cierto, ¿por qué no me despertaste?

—*Hija, salí temprano. Cambiaron la hora al médico de mi abuela y tuve que adelantar mi vuelo. Te dejé una nota en la entrada porque no quise despertarte aún. Te pedí que me llamas cuando pudieras, ¿no la viste?*

—No...

—*Recuerdas que te dije que estaría fuera unos días, ¿verdad?*

—Sí —mintió—. Lo siento si te preocupaste, pero estoy bien, de verdad.

—¿*Dónde estás?* —preguntó su madre.

—En casa.

—*Si sales, por favor, llámame, ¿sí?*

—Hecho. Nos vemos en unos días. Y lo siento.

—*Está bien. Nos vemos, hija, cuídate.*

—Tú igual —susurró para luego colgar.

—Le mentiste —la acusó el chico apenas despegó el celular de la oreja.

Aura le lanzó una mirada.

—No ha pasado nada que necesite saber —lo cortó.

Lucas sonrió y se acercó hasta sentarse en la cama junto a ella.

—Claro —dijo sarcástico—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, supongo —contestó sin convicción—. Lucas, ¿qué...? ¿Qué viste?

—Lo mismo que tú, Aura. La pregunta es si tú lo sabes.

—¿Y eso qué se supone que significa? — espetó con más brusquedad de la que pretendía. Lucas no respondió durante un rato. Veía hacia afuera de nuevo, como si esperara que así todas las respuestas que necesitaba llegaran a él—. ¿Qué es lo que sabes? —preguntó con la voz en un hilo, acercándose al borde opuesto de la cama.

Él la miró con sus peculiares ojos violetas, y un brillo extraño en ellos.

—Tengo respuestas a preguntas que ni siquiera te has hecho, Aura, pero no puedo decirte nada hasta que alguien responda las mías.

—¿Y qué es lo que tú necesitas saber?

Él la observó durante un momento.

—No cambiaría nada si te lo dijera.

Ella resopló.

—Aun así —contestó con una débil sonrisa.

Por unos segundos, quizás por algunos minutos, ninguno de ellos dijo nada. Los ojos color tormenta de Aura recorrían al muchacho que tenía delante, preguntándose cómo era posible que todo a su alrededor se volviera de pronto tan complicado. Él percibía sus dudas, sintiendo que la chica frente a él tenía todas las preguntas mientras que él mismo tenía muchas de las respuestas. Lucas no podía perder más tiempo; tenía que decirle todo, pero ¿hasta qué punto sería ella capaz de creerle?

Suspiró.

—Quiero saber por qué las sombras son capaces de afectarte tanto —dijo por fin. Aura no pareció sorprenderse.

«Créeme, también yo», quiso decir.

—Así que sí puedes verlas... —afirmó en su lugar. No era una pregunta, pero

Lucas asintió despacio con la cabeza.

—Sí, puedo verlas.

—¿Están... *vivas*? —preguntó titubeando. Odiaba titubear, mostrar debilidad.

—No. Tienen un atisbo de consciencia que no les alcanza para vivir por sí solas. Es por eso que... succionan la energía del ambiente en el que están. — Aura asintió—. No se mandan a sí mismas. Ellas... Si están tras de ti es porque alguien más las envió —continuó diciendo él. Para su sorpresa, la chica seguía sin inmutarse.

—Y tú sabes quién las envió. —Tampoco era una pregunta. ¿Cómo había llegado a mantener conversaciones de este tipo con alguien a quien apenas conocía? Era tan... *irreal*.

—Y parte de ti también lo sabe, Aura.

La chica volvió a asentir, aunque no estaba segura de por qué lo hacía.

—Los sueños, ¿son reales?

—¿Qué sueños?

—Tú sabes cuáles —soltó Aura. Alzó el brazo y sin más descubrió su muñeca: marcas con la forma de dedos se cerraban en torno a ella. Al mencionarlas, Aura sintió que comenzaban a arder en su piel, pero tan pronto como Lucas se acercó y tomó su brazo, el dolor cesó.

—¿Cómo haces eso? —murmuró casi maravillada.

—Sí, son reales. Los sueños, me refiero. Son producto de la misma persona que...

—Que envía las sombras —terminó ella por él. Lucas asintió—. No voy a preguntarte si quiere matarme. No aún, al menos, porque estoy segura de que no me va a gustar la respuesta —anunció, disminuyendo el volumen de su voz involuntariamente a medida que hablaba.

Lucas bajó la cabeza como si no quisiera enfrentarla.

—No —hablaba en susurros, a pesar de que nadie podía escucharlos—. No te gustará la respuesta.

Aura lo observó en silencio hasta que el chico por fin alzó la mirada. Sus ojos lucían aún más brillantes y la veía con tanta intensidad que Aura no se vio capaz de sostenerle el contacto.

—Son reales... —murmuró más para sí—. ¿Es por eso que tengo esto? —